

¡Ni la tierra que pisamos es nuestra!



Niños tristes, ateridos por el frío que clava sus garras despiadadas en las carnes estremecidas. Tienen hambre... Se acurrucan junto al padre, bajo la sombra protectora del hacha, que hasta ahora sólo ha servido para derribar las encinas en la dehesa del amo.

—¿Por qué para nosotros sólo existen campos marchitos que sirven para destruirnos los pies desnudos?... ¿Por qué no tenemos pan, el pan de esas espigas que amarillean como un mar de oro en la inmensidad de las llanuras pródigas?... ¿Por qué tenemos frío, mientras las encinas se balancean cadenciosas al empuje de los vendavales?...

—Porque ni la tierra que pisamos es nuestra. Todo es del amo...

—¿Y acaso es el amo más fuerte que las encinas?

A los egoístas, a los indiferentes

Escucha, obrero. Escucha, camarada. Escúcheme atentamente.

Estás equivocado, pero muy equivocado, si crees que con inhibirte, con no meterte en nada, te salvarás.

Estás equivocado si atendiendo a tu egoísmo, no tomas parte en la lucha que el fascismo ha desencadenado en España. Si crees salvarte no metiéndote en nada, recogiendo las ventajas que la revolución te proporciona y divirtiéndote, estás en un error.

Aunque no hayas sido nunca político, aunque no hayas figurado en ningún sindicato, piensa que la situación que hoy tienes se la debes a la Revolución.

Si hubiera triunfado el fascismo por culpa tuya y de los muchos emboscados, que como tú, no han prestado sus fuerzas a la revolución, no estarías en la situación holgada que hoy estás. No, no gozarías de la libertad que hoy tienes, (aunque seas enemigo de la libertad) no del jornal que hoy disfrutas y te divierte, no.

A no estar fusilado, como nosotros, los que lo combatimos, puedes asegurar que una malquerencia cualquiera no te hubiera podido eliminar del mundo de los vivos? Una equivocación, un descuido, una sospecha, son peligrosos en tiempos fascistas.

Y si te hubieras librado de todo eso, no serías un esclavo de ellos, como los Italianos, los portugueses, etc. Sujeto a sus leyes, sujeto a una improba labor y cobrando una miseria para no poder comer.

Medita, piensa que eso te ocurriría si el fascismo, por culpa tuya y de los muchos emboscados como tú, hubiera triunfado.

Por lo tanto, considera las ventajas que te da la revolución, y abandona tu apatía, y ayuda como la mayoría a consolidar la muerte del fascismo y el triunfo de la Revolución.

Animate, y si tienes coraje, y eres decidido, ve a los frentes a combatir al lado de los valientes.

Si tu temperamento es más apocado, ayuda en la retaguardia trabajando, trabajando mucho, no exigiendo nada, no haciendo fiestas entre la semana, y ayudando a la Revolución, que los buenos frutos de la Revolución ya se recogerán una vez se haya aplastado el fascismo.

Los que ahora piden fiestas y las realizan, perjudicando así la economía son fascistas emboscados.

Hay que trabajar día y noche, y hasta los domingos si se precisa, para que no falte nada en el frente ni en la retaguardia.

Y tu concurso, y tu esfuerzo en pro de la revolución es preciso.

No vaciles, dalo en seguida.

Si no atiendes estos consejos de hermano. Si encerrado en tu egoísmo, en tu indiferencia sigues emboscado, piensa que tu situación es peligrosa, que te pueden observar, delatar y entonces sufrir un buen castigo.

Además, las contingencias de la Revolución pueden obligarte el día de mañana a tomar parte en la lucha.

¿Por qué no empezar hoy y con buena voluntad?

REBELDIAS

Estampas de la guerra en Castilla

por Francisco García-Díez

Estoy escribiendo sobre la cama del hospital. Las duras jornadas de estos días me han traído junto a esta mesa blanca, donde mi cuerpo reposa lentamente las energías que se quedaron allí en las trincheras de Retamares.

El periodista, que es madrileño y es miliciano, tiene en el bolsillo la pluma y en la mano el fusil. Con la pluma lleva a la cuartilla la impresión de la lucha; con el fusil forja esta impresión a tiros, y si se deja la vida prendida en una esquiria o en la punta de una bala, habrá cumplido uno de los deberes, el más importante.

Se desdoblán los velos del amanecer y una neblina húmeda envuelve los campos.

Delante, una perspectiva de pueblos envueltos en humos. Detrás, la masa blanca de Madrid, el Madrid que nos vio nacer, el que percibió en sus parques nuestras primeras canciones, nuestras risas. El Madrid nuestro, que apolocen los señoritos gollos, los generalitos fracasados, los curules de trabuco al brazo, cuantos precisan que el obrero sudó encadenado a sus plantas para que ellos vivan su vieja vida de jolgorio y de crápula.

Allá está Madrid; aquí, nosotros. Junto a nosotros, la trinchera, erizada de fusiles, cuajada de valores, plena de juventud.

Frente a la trinchera se extienden unas lomas bajas que ocultan un pueblo. En el pueblo andan los enemigos torvos que nos acechan con los ojos negros de sus cañones.

Estamos cada uno en nuestro puesto. Los jefes, los milicianos, los enlaces.

Se distribuyen las fuerzas, preparando la operación. Rondados en la campiña, los hombres esperan. La neblina ha empapado el suelo y éste a su vez las ropas. El frío latadra las carnes; pero cada hombre, en su puesto, parece no sentir humedad ni frío.

Un cañonazo de nuestras baterías rasga la niebla y lleva su mensaje de muerte al pueblo donde el enemigo acecha.

A los cinco o seis cañonazos de nuestra artillería se nos echa encima la primera explosión enemiga.

Desde la trinchera la vemos. Queda delante, alejada.

Se establece el duelo. Los cañones vomitan fuego con fragores de estruendo. La trinchera donde estamos está en el área de las baterías. Vamos a tener buena orquesta.

En efecto: sobre nosotros silban obuses y más obuses. Cruzan como trombas, nos atruñan los oídos, nos cubren de tierra, de esquiras.

Pensamos que es difícil que calga uno dentro de la trinchera y sonreímos al sentirlos cruzar o estallar delante de nuestra zanja.

La artillería, en los primeros tiempos de la guerra civil, ejercía una labor desmoralizadora en las milicias. El ruido asustaba demasiado. Hoy son muchos los cañonazos que se han sentido para que se asusta nadie.

Además, los hombres que estamos en la trinchera, la mayoría del batallón Capitán Condés, somos veteranos en la Sierra, templados en la lucha desde el mes de julio.

¿Cuántos cañonazos han cruzado sobre nosotros? ¿Docientos? Acaso más. Desde los ocho de la mañana hasta las dos de la tarde sin cesar un instante.

A nuestra derecha, en las lomas, se ha roto el fuego. Las compañías de milicias han recibido al enemigo, que avanza con una cortina de fuego cerrado que diezma sus filas. Nadie se mueve de su puesto. Los camilleros andan por el campo sin preocuparse del peligro.

Un escuadrón moro lanza sus caballos hacia la loma; pero pronto desiste de su empeño. Los fusiles del Condés no dejan pasar a nadie.

En el ala izquierda se abre también el fuego. Las trincheras vomitan balas en impetuosa lluvia.

Nosotros, en el centro, no tenemos objetivo. La artillería nos bate con verdadera furia. Una granada del 155 da en el botto de la zanja, se escurre hacia abajo y queda tumbada en el fondo sin estallar.

La hemos visto entrar con sudor frío en los rostros. La miramos con respeto, sin tocarla. No nos gusta mucho su vejez; pero preferimos dejarla allí.

En el flanco izquierdo han litubeado unos muchachos. Un instante sólo. Lo suficiente para que el enemigo se lance impetuoso a romper aquella línea. Nosotros no lo vemos aún; pero sentimos el silbido de sus balas.

Los muchachos están inquietos. Ven combatir a derecha e izquierda y no se resignan a permanecer inactivos.

Sin embargo, las órdenes son terminantes:

—¡Que nadie tire sin ver enemigo!

Sobre nosotros siguen cruzando obuses sin descenso; forman delante y detrás nubes de humo blancuzco. Primero estallan, y luego la tromba de aire y metralla siba horrióna como un alud, entre el cual la espoleta vuela vertiginosa.

Pero la gente resiste imposible. Nos han tirado varios morteros. El mortero no se siente llegar. Su humo es negro, muy denso.

De pronto, a mi izquierda, siento estampidos cercanos de fusil.

—¿Quién tira?

—Aquellos.

Aquellos son cuatro muchachos que, de pie sobre el borde de la trinchera, despreciando el peligro, disparan sus fusiles, apuntando con su alza bien graduada.

—¿Veis enemigo?

—Sí, mira.

Trinchera adelante me acerco a ellos, salto al exterior y miro en la dirección que indican. En una loma, sobra el pueblo, se mueve el enemigo. Lo han enfilado bien con su tiro los muchachos y se les ve cruzar con gran precaución. Alguno no termina bien su viaje.

Los que así tiran corren inminente peligro. Ha silbado sobre mí una ráfaga de ametralladora. Si no me tiro al suelo, me cose.

El cañoneo no cesa. Una granada que estalló a diez o quince metros nos deja caer encima sus esquiras, que abrasan las manos al examinarlas.

De pronto, el flanco derecho cede. ¿Por qué? No lo sabemos; pero nos produce extrañeza. En la trinchera algunos intentan buscar la salida, sin lograrlo. En una punta está el capitán; en la otra, mi pistola. Nadie saldrá. Los que lo intentan son muchachos de los que retrocedieron en el flanco izquierdo, que, saltando a la carretera, fueron mandados por los enlaces a la zanja.

Todos los ojos están fijos en la loma que tenemos enfrente. Los ojos y los fusiles.

Pasado un instante se presenta ante la vista un espectáculo original.

Un grupo de moros corona la loma. Andan tranquilamente, con el fusil colgando de la mano, como si fuesen a una simple cacería.

Una voz suena a mi lado:

—No tirar, que son de los nuestros.

Mi voz la contrarresta con energía:

—¡Fuego por descargas, apuntando!

Una descarga cerrada atruñea el espacio. Luego otra y otra... No nos importa ya los cañonazos.

Los moros se detienen, sorprendidos. Se les ve caer, retorcerse en el suelo. No contaban con esta barrera de balas. Corren como locos hacia la derecha, internándose unos cuantos entre el monte, de donde no podrán salir, porque los que retrocedieron, repuestos de su vacilación, les ametrallan sin duelo.

Atropelladamente huyen hacia el pueblo, dejando el campo sembrado de cadáveres.

La serenidad de los hombres que en la trinchera aguantaron más de docientos cañonazos y cuando el enemigo atacó estaban firmes en su puesto rechazándole, salvó la situación.

A costa de sangre, claro es. En este hospital donde escribo esta crónica, yacen en sus lechos de dolor los héroes de la jornada: el comandante del batallón Condés, Manuel Ibáñez; el capitán Parra, el teniente Verdil, sergentes, cabos y milicianos heridos en su puesto.

En el campo de batalla quedaron para siempre el capitán Muñoz, el teniente Leal y otros cuantos valientes que formaron con sus pechos una muralla que no pudieron derribar las balas enemigas.

De aquellos cuatro muchachos que en pie sobre el borde de la trinchera tiraban contra el enemigo, uno de ellos cayó con el pecho atravesado por una bala.

Veteranos de la Sierra, saben lo que es la lucha, desconocen el miedo.

Noviembre, 1936.

Felicidad...



Tras la ventana soleada, frente al milagro de la campiña ubérrima, su Ilustrísima adormece la euforia de la digestión. Es feliz...

Luego volverá a reanudar el TRABAJO: Preces por los que han hambre y sed de justicia; sermones paternales recomendando resignación cristiana a los que no comen, paciencia a los que se sienten explotados, mansedumbre a los que padecen el escarnio de la burguesía opulenta y despiadada.

Agotado por el esfuerzo, volverá a sentarse ante la mesa bien provista y se adormecerá en la ventana, bajo la caricia tibia del sol, arrullado por la canción de gesta del trabajo de sus pobres ovejas.

Las Juventudes Libertarias de Cataluña



Las Juventudes Libertarias de Cataluña, una vez más, han puesto de manifiesto su alto espíritu batallador, a la vez que constructivo, en el Congreso celebrado en el salón de actos de la casa C. N. T. F. A. I.

Nuestras Juventudes, que tanto fueron combatidas en tiempos pasados, son las que desde la sublevación fascista vemos incorporadas en todos los sectores de la lucha. Ninguna actividad escapa a su control; por doquiera hallamos rasgos de su dinamismo.

Hemos presenciado en las deliberaciones del Comité Regional una altura de miras que las situa muy por encima de las demás organizaciones similares; sin gritos, sin ruidos, ellas van elaborando, día tras día, el plan que en breve servirá para reconstruir la economía política-social destruida por la revolución.

Con un amor sin igual hacia los principios libertarios hemos visto levantarse a los batalladores incansables que, lo mismo en el frente que en la retaguardia, no cesan de velar por el bienestar de la humanidad. Pocos congresos habrá habido donde haya imperado tanta ecuanimidad.

Los acuerdos recitados vienen a confirmar los pactos de inteligencia revolucionaria de las organizaciones obreras, con el mismo tesón que sus mayores se incorporan a esa corriente avasalladora que pronto terminará con el fascismo. Sobre la proposición de la F. I. J. L., el Congreso, por unanimidad, acuerda su ingreso en la misma, recabando plena autonomía para la región catalana, para poder seguir sus relaciones con la Federación Anarquista Ibérica. Otro extremo que merecía subrayarse, es el enlace que se establecerá con las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña. La Juventud unida será el baluarte donde se estrellarán en lo futuro todos los intentos reaccionarios.

Situados en el momento que vivimos, las Juventudes Libertarias reconocen que es preciso una preparación técnica de la defensa armada de la revolución. A tal objeto, se crean las escuelas de preparación para una mayor capacidad combativa.

Otro ejemplo de la barbarie fascista

Ochenta personas fusiladas mientras desfilaba una procesión en Pamplona

El día 9 del corriente se presentaron en el Consulado de España en Hendaya tres mujeres de carabineros de la plantilla de Lesaca, con siete niños, habiendo logrado escapar a través de los montes arriesgándolo todo, para tratar de saber noticias de sus maridos que están luchando con los leales. Han contado su odisea.

Fueron detenidas con sus hijitos el 10 de agosto por el solo hecho de ser familias de carabineros. Las llevaron a Pamplona, encarcelándolas con otras personas. Pretendieron llevarlas a la plaza de toros, pero desistieron. Cuando se quejaban, las monjitas les decían que dijeran gracias a Dios porque no les hubieran fusilado. Durante su estancia en Pamplona pudieron saber que se preparaban grandes iluminaciones para festejar la entrada de Mola en Madrid. El día 15 de agosto, mientras desfilaba la procesión, fueron fusiladas ochenta personas. Al día siguiente, un periódico decía que los bravos requetés, después de oír misa y comulgar, habían comido carne de carabinero. Fueron libertadas el 8 de octubre.